

## **Gatopardismo en Chile: los intelectuales y la transición democrática**

**Francisco Domínguez**  
*Midlesex University-Londres*

### **Introducción**

El 16 de Octubre de 1998 Chile recibió con asombro la noticia de que Scotland Yard había arrestado a Augusto Pinochet al día siguiente de una operación en la London Clinic, en la capital inglesa. Abruptamente los chilenos despiertan a la realidad de que aquél que era intocable en el país, es ignominiosamente arrestado en Londres a solicitud de los tribunales de justicia españoles que piden su extradición para ser juzgado por crímenes contra la humanidad. Repentinamente, como despertando de un sueño, la mayoría de los chilenos se pregunta qué clase de transición democrática es ésta bajo la que han estado viviendo desde 1989 -desde el retorno al gobierno civil- que ha sido incapaz de hacer la más mínima mella a la impunidad rampante que ha caracterizado la situación política del país desde entonces, que, además, se resiste a producir el tan pronosticado “chorreo” neoliberal y que adolece de una falta de voluntad patológica para realmente democratizar el país. Estas son las limitaciones de la “transición pactada”, acordada entre los militares, la derecha y los políticos de la Concertación -coalición socialista-demócratacristiana en el gobierno desde la derrota de la dictadura en el plebiscito de Octubre de 1988. Por diez años la mayoría de la población aceptó de buena fe la explicación de los políticos concertacionistas de que nada se podía hacer respecto de la impunidad, ni de la escandalosa distribución del ingreso nacional, ni tampoco con el legado político-institucional pinochetista marco dominante del sistema político chileno actual. No sorprende que se haya dicho que *la transición en Chile verdaderamente comenzó el 16 de Octubre de 1998.*<sup>1</sup>

Todo el planeta, de una u otra forma, se ha enterado de las atrocidades cometidas durante los 17 años de la dictadura militar de Augusto Pinochet. Hay evidencia, hasta la saturación, de la responsabilidad directa del ex-general. En momentos en que Pinochet se sintió fuerte y seguro tuvo chispazos de honestidad

que confirman esta apreciación. Así, por ejemplo, al descubrirse una fosa común con cerca de cien cadáveres de personas ejecutadas por los militares, Pinochet exclamó: *Quienquiera que los enterró, le sirvió bien a la patria, ahorrándole dinero en clavos para los ataúdes.*<sup>2</sup> En otro momento de franqueza declaró *Ni una hoja se mueve en Chile si yo no lo he ordenado.* Manuel Contreras, ex-jefe de la siniestra DINA, policía secreta del régimen militar, ha confirmado esto desde la cárcel, señalando que todas sus órdenes provinieron *siempre* del presidente de la república.<sup>3</sup> Por ello resulta curioso que luego de su arresto se haya vuelto completamente amnésico o ignorante alegando que nunca (en 17 años!) se enteró de las barbaridades cometidas contra hombres, mujeres, ancianos y niños.

Es interesante registrar la cantidad de estadistas de calibre internacional que han defendido vigorosamente al ex-dictador. La paradoja resulta del contraste entre esa acérrima defensa y el hecho que ninguno de ellos alegue la inocencia de Pinochet. La lista y el peso de estas personalidades no deja de impresionar. Así, Margaret Thatcher, Lord Lamont y otros en el partido Tory, Henry Kissinger, Fugairiño, Fiscal de la Audiencia Nacional de España (equivalente al presidente de la Corte Suprema en otros países), inclusive el Vaticano y el Papa mismo, han salido a la palestra exigiendo que el ex-dictador sea enviado de vuelta a Chile. La reticencia del gobierno de Aznar de juzgar a Pinochet en tribunales españoles es archiconocida. La única excepción es Augusto Pinochet Hiriart, hijo del ex-general, quien declaró la inocencia de su progenitor argumentando que cuando su padre había ordenado la ejecución de todos esos marxistas no había cometido ninguna violación a los derechos humanos, pues los marxistas no son humanos. De tal palo, tal astilla. Como se verá más adelante, la oposición al enjuiciamiento de Augusto Pinochet, no es sólo chilena sino que internacional. Es decir, la justicia se enfrenta a un formidable “cartel” internacional de la impunidad. De allí que el argumento de que los avatares y complejidades de la mal llamada “transición democrática” sea un asunto puramente chileno es falso, así como también es falso el alegato del gobierno chileno de Frei de que se viola la soberanía de la nación si se detiene y se juzga a Pinochet en el extranjero.

El coro de oposición al arresto y posible extradición de Pinochet a España ha sido expresado más o menos unánimemente en Chile por políticos de la Concertación gobernante, la Democracia Cristiana y el Partido Socialista, la derecha política Renovación Nacional y la Unión Democrática Independiente (partido pinochetista *par*

*excellence*), la derecha económica toda la clase empresarial del país, y, por supuesto, los militares.<sup>4</sup> Se trata esencialmente de impedir a toda costa que el consenso que ha sostenido la hasta ahora "transición-a-ninguna-parte" sea debilitado, o peor, destruido. Con este objetivo el gobierno de la Concertación, presidido por Frei, buscó activamente el apoyo de la derecha política y económica y de los militares. Este enorme frente superestructural que va desde socialistas "renovados" hasta los militares, cubriendo un amplio espectro político, tiene como función central mantener la transición chilena congelada con el doble objetivo de asegurar la legitimidad política del modelo neoliberal legado por la dictadura, así como también impedir el impulso democrático de las masas del país. Hasta el trascendental arresto de Pinochet en Londres, la falsamente llamada "transición" en Chile no tenía como objetivo, ni itinerario, el dismantelar los enclaves autoritarios impuestos por los militares a una capa de políticos pusilánimes en 1988, ni tampoco se planteaba aliviar los peores excesos del modelo económico con políticas diseñadas para mejorar la distribución del ingreso nacional, ni mucho menos tenía la intención de resolver los casos de violaciones a los derechos humanos pendientes, ni, por supuesto, tenía en sus planes la reducción del poder fáctico de veto de que los militares gozan. La intención era mantener la transición congelada hasta las calendadas griegas.

Los dos gobiernos de la Concertación desde 1989 han sido extraordinariamente confiables para los grupos de poder decisivos. Sin embargo, el arresto de Pinochet reveló que muchos socialistas, pese a su "renovación", no se resignaban a aceptar la flagrante impunidad que ha caracterizado a Chile en estos últimos diez años, e hicieron pública su oposición a la línea del gobierno de defensa incondicional del ex-dictador<sup>5</sup>. Además, una división cada vez más profunda comenzaba a surgir entre socialistas y demócratacristianos no sólo respecto del caso Pinochet, sino respecto de los objetivos de la coalición. Estaba siendo cada vez más difícil impedir la llegada a La Moneda el palacio presidencial chileno, a un socialista. Al interior de la DC se desarrolla una corriente que propugna una alianza de centro-derecha para reemplazar la de centro-izquierda que representa la Concertación. Andrés Zaldívar y Enrique Krauss, lideran esta corriente que propone deshacerse de los socialistas y buscar una alianza de gobierno con la UDI y RN. Los golpistas de 1973 se reúnen de nuevo. Este intento fue derrotado en las primarias de la Concertación ocurridas a mediados de 1999, cuando Ricardo Lagos, el abanderado socialista obtuvo el 72% de los votos, mientras que Zaldívar, candidato de la Democracia Cristiana,

recibió un pobre 28%, causando un terremoto político al interior de la DC llevando a su Consejo Ejecutivo Nacional pro-Zaldívar a renunciar en masa. Para la derecha, estos acontecimientos confirmaban sus peores temores de que no se puede confiar en los socialistas por más renovados que estén, y que la única garantía de asegurar la no democratización del sistema político chileno, requisito central de las continuidades neoliberales, era la recuperación del gobierno. La Concertación ya había servido su propósito de despolitizar y desmovilizar los impulsos democratizantes del grueso del electorado. Había llegado el momento de destruir la alianza de centro-izquierda para reemplazarla por una en que la clase empresarial dirigiera directamente.

El 12 de Diciembre de 1999, la derecha chilena se anotó un triunfo político parcial formidable cuando su candidato, Joaquín Lavín, recibió el 47,52% de los votos en la elección para presidente del país, apenas 31.000 votos de diferencia con el abanderado de la Concertación, y favorito con 20 puntos de ventaja hasta hace unos pocos meses atrás, Ricardo Lagos, quien obtuvo el 47,96%. Esto resulta altamente sorprendente, especialmente si se considera que el arresto de Pinochet en Londres, había debilitado al pinochetismo en Chile, al revelar ante el mundo las limitaciones inaceptables a la democracia impuestas por los militares a su partida del poder en 1988. El caso Pinochet y los crímenes de la dictadura fueron discutidos, explicados, analizados, y rememorados por los medios de comunicación de todo el mundo durante meses. Estados Unidos desclasificó miles de documentos secretos en los que se dejaba en evidencia las actividades ilegales, extraterritoriales y criminales de la policía secreta chilena en colusión y colaboración con sus pares en el Cono Sur, dejando en claro el rol y nivel de información que Pinochet tenía respecto de los crímenes de que se le acusa. Las condiciones en que ocurriría la elección no podían ser más auspiciosas para la Concertación. Sin embargo, casi como por milagro, la Concertación se las arregló para convertir en casi derrota una victoria segura. En un esfuerzo de última hora, Lagos logró triunfar apenas en la segunda vuelta el 16 de Enero de 2000, con una miserable diferencia a su favor de sólo 3% y gracias esencialmente al voto comunista.<sup>6</sup> Para poder explicarse este “logro” mágico-realista, que sólo se creía posible en la literatura de García Márquez, es necesario examinar los antecedentes de la transición pactada en Chile, con todas sus concomitantes limitaciones anti-democráticas, y, la metamorfosis del grueso de los intelectuales en Chile, quienes han, en esencia, no sólo hoy queman lo que ayer adoraban sino que adoran lo que ayer quemaban. La transformación de la dictadura chilena en la transición tutelada por los militares y la

constitución pinochetista de 1980, en algo que no es ni democracia ni dictadura, y el rol central que la metamorfosis de los intelectuales<sup>7</sup> chilenos jugó en este proceso, son los temas centrales de este artículo.

### **Limitaciones de la “transición” pactada.**

El comportamiento político de la Concertación desde el arresto de Pinochet en Londres ha dejado ampliamente demostrado que la razón clave en la democratización del sistema político chileno, o en la resolución de los casos pendientes de derechos humanos, tiene poco que ver con la imposibilidad práctica de avanzar en estas áreas en Chile. Más bien se explica por la total y absoluta carencia de voluntad política no sólo de no hacer nada al respecto por parte de los políticos de la Concertación, sino de su decisión de unirse y defender a los asesinos cuando éstos están en apremios. Ellos, que comenzaron aceptando las limitaciones a la democracia por razones pragmáticas, han terminado proveyendo las coartadas para los asesinos por razones de convicción.

“*Gatopardismo*“, es el término que utiliza Tomás Moulián en su libro, **Chile Actual. Anatomía de un Mito**, para definir el proceso de transformación de la dictadura chilena en la actual transición tutelada por los militares. Esta transformación consiste en un largo proceso de búsqueda de una salida al régimen militar en un sistema más o menos democrático que al mismo tiempo garantiza la continuidad de las estructuras políticas y, sobre todo, económicas de la dictadura (MOULIAN, 1997:145). Tal transformación incluía hasta cambios en el personal del estado, pero asegurándose que el bloque de poder permaneciera inalterado. Para ello se instituye la constitución de 1980, y se asimila a la oposición en la aceptación de las alternativas ofrecidas por la dictadura en 1988 (plebiscito, senadores designados, senadores, vitalicios, sistema electoral binominal, neoliberalismo, etc.). El objetivo del legado institucional pinochetista es garantizar la continuidad de un liderazgo neoliberal del proceso transicional o, en su defecto, que cualquier gobierno estuviera constreñido a garantizar la reproducibilidad del modelo económico desarrollado durante la dictadura (Id:145-47). La lógica de tal “salida democrática” de la dictadura es que a mayor convicción neoliberal de los gobiernos sucesores del pinochetismo, menor tutelaje militar y viciversa. Idealmente el gobierno que sucediera a la dictadura sería el de sus

férreos partidarios civiles. Por razones políticas esto, hasta ahora, no ha sido posible. Para el bloque dominante la Concertación no es de ninguna manera la coalición ideal para hacerse cargo de la administración del neoliberalismo chileno. Por lo tanto, desde la llegada de la coalición socialista-democrristiana al gobierno en 1989 su reemplazo por un gobierno más confiable, “verdaderamente” neoliberal y pinochetista, ha estado en la lista de los quehaceres del bloque dominante.

Tal vez una de las facetas que caracteriza la transición chilena es el poner fuera del alcance de la “política” la toma de decisiones económicas.<sup>8</sup> En Chile, el Banco Central es una institución autónoma, es decir, decide aspectos claves de la política económica de la nación (como las tasas de interés, por ejemplo) sobre bases “técnicas”. Es decir, continúa con políticas macroeconómicas neoliberales, independientemente de quien sea el gobierno elegido y, sobre todo, independientemente de los deseos implícitos o explícitos del electorado. Se trata básicamente de impedir la intrusión de la política cotidiana en esta esfera sacrosanta, protegiéndola así de los vaivenes de la política contingente. Esto, luego de diez años de práctica, ha llevado al elector a sacar la conclusión de que no hay ninguna diferencia respecto de por quién se vote en las elecciones y que la política económica es algo etéreo, ajeno, lejano, intangible, que no le pertenece y que no puede influenciar. Esto ha resultado en una conveniente y considerable despolitización de la sociedad (LARRAIN, 1999). Es decir, en el Chile tutelado actual como bajo la dictadura, al electorado se le niega la posibilidad de influenciar la política económica, aunque el método y los mecanismos sean mucho más sutiles y sofisticados. La Concertación ha sido instrumental en transformar esta exclusión de un mecanismo coercitivo en uno consensual. A juzar por el desempeño de la Concertación en asegurar las continuidades neoliberales en Chile, el *gatopardismo* chileno ha sido altamente exitoso.

Los derechos institucionales de que gozan los militares en relación a los políticos civiles y al gobierno de turno, por un lado, y el altísimo grado de autonomía del poder civil de que disfrutaban, los convierte en una pieza clave del *gatopardismo* en Chile. Al interior de las fuerzas armadas la lealtad al comandante en jefe es crucial para el éxito o no de las carreras de los altos oficiales. Este requerimiento arbitrario y personalizado es fiscalizado y hecho realidad por una Junta Extraordinaria de Oficiales, que decide sobre las calificaciones, promociones y destinaciones de los altos oficiales, está bajo el control del comandante en jefe mismo. El establecimiento de a

Junta se hizo con el fin de reforzar mecanismos puramente internos a las fuerzas armadas para determinar la evolución y composición de los altos mandos militares a objeto, simultáneamente, de excluir la intrusión del poder civil. Los militares han demostrado su total apoyo no sólo al neoliberalismo, sino que también a la impunidad, y a su antiguo líder y jefe. De esta manera, la posibilidad de que surja una capa de altos oficiales más "profesional" y menos involucrada en la política contingente es bastante improbable. La democratización pendiente deberá serles impuesta por la voluntad política de un poder civil comprometido a tal empresa.

Las fuerzas armadas como institución disfrutaban del 10% de las rentas de la venta de las exportaciones de cobre. Este sistema es el resultado de la evolución de una cantidad significativa de leyes y decretos-leyes secretos promulgados durante la dictadura de Pinochet. Desde 1973, el régimen militar comenzó a hacer transferencias de enormes sumas de las ventas del cobre a los cofres de las fuerzas armadas. Incluso el régimen militar promulgó un decreto-ley secreto en el que se estipulaba que la transferencia de los fondos se haría discretamente y en secreto, que su registro también sería discreto y su inversión (destino final) sería decidido por decretos supremos reservados, que no tendrían que ser registrados en el Diario Oficial ni ser publicados oficialmente.<sup>9</sup> De esta manera los militares han entrado a la fuerza a participar de la repartija de la torta neoliberal con el resto del bloque dominante. A esto también se le podría llamar robo al descampado. Los militares no tienen la obligación estatutaria o institucional de responder por los usos que hagan de estos recursos, ni tienen que rendir cuentas a nadie de nada. Estas entradas están garantizadas y a salvo de los vaivenes del ciclo económico. El dogma neoliberal no se aplica aquí, aunque si se aplica a la salud, educación, transporte y todo lo demás que pueda ir en beneficio de las grandes mayorías. Después de todo, 10% de las rentas del cobre son asignadas a una institución totalmente improductiva y que "vive por encima de sus medios", frase lapidaria que el Fondo Monetario Internacional utiliza toda vez que aplica el hacha de la austeridad contra cualquier pobre país del tercer mundo. La transición pactada impide que los poderes civiles se entromezcan en las materias militares y el estado tiene que desembolsar sin preguntar.

La transición chilena incluye también la peculiaridad institucional conocida como los senadores designados. La constitución de 1980, aceptada hasta hoy como legítima e incambiable por la Concertación, estipula la nominación de nueve senadores

no elegidos, lo que, con los votos de la derecha, garantizan una mayoría pinochetista de facto en la cámara alta. La función de esta mayoría, así artificialmente y antidemocráticamente construida, es bloquear cualquier iniciativa democratizante que pudiera provenir de la cámara de diputados. Los “designados” fueron nombrados por Pinochet antes de su salida del gobierno para, entre otras cosas, bloquear también cualquier intento de superar las leyes de auto-amnistía dictadas por él en 1978 y refrendadas por el gobierno concertacionista de Alwyn. Después de Pinochet es el Consejo de Seguridad Nacional (COSENA) quien tiene a su cargo la nominación de los designados. Así, los ocho miembros del COSENA, todos militares, nombran al mismo número de senadores elegidos por tres millones y medio de ciudadanos en la ciudad de Santiago. La constitución de 1980 además incluye la nominación de senadores vitalicios, como un tal Augusto Pinochet, quien, mientras estaba Chile no tenía ni siquiera que preocuparse de ser elegido senador para gozar no sólo de impunidad legal, sino también de inmunidad parlamentaria.

Parte del sistema para reforzar al pinochetismo, al neoliberalismo y al militarismo en la institucionalidad vigente es el sistema electoral binominal, cuya función es compensar desmedidamente a las segundas mayorías en detrimento de las primeras mayorías, simultáneamente haciendo casi imposible que las terceras mayorías puedan tener representación parlamentario. En términos del paisaje político de Chile, hasta el 12 de Diciembre de 1999 esto significaba reducir la representación parlamentaria de la Concertación, aumentar la del pinochetismo (UDI y RN), y eliminar del escenario parlamentario a la izquierda, especialmente los comunistas. Así, independientemente de cómo vote el electorado chileno, en virtud de los arreglos institucionales y constitucionales pertinentes a la transición pactada, la derecha tiene garantizada una mayoría en el Senado y sobre-representación parlamentaria en la cámara de diputados. Es decir, goza de una influencia política mucho mayor que la cantidad de votos obtenidos justifica.

Por si todo lo analizado no fuera suficiente, los militares se han puesto a sí mismos en posiciones constitucionales claves desde las cuales pueden tutelar la dirección general de la “transición” así como sus detalles más mínimos. Dominan el Consejo Nacional de Seguridad, organismo poderoso e influyente que se relaciona directamente con el presidente de la república, por encima del parlamento y sin tener que rendirle cuentas a éste último. En otras palabras, el COSENA tiene la atribución



constitucional de llamar al presidente a reuniones de emergencia para discutir cuestiones que los militares consideren de importancia nacional, independientemente de si el parlamento esté o de acuerdo con tal evaluación de la situación nacional. Además, la constitución pinochetista de 1980 otorga a los militares el rol de guardianes de la institucionalidad existente y, por lo tanto, de determinar si hay crisis, y si tal crisis requiere su intervención para proteger la "obra militar", eufemismo para denotar el modelo neoliberal y los arreglos institucionales de la transición pactada (MOULIAN, 1997:50) Es decir, la constitución de 1980 ha legalizado, de antemano, un posible pronunciamiento militar futuro, obligado probablemente por la acción de políticos civiles que "irresponsablemente" pongan en peligro la "obra militar".

Por último, aunque no menos importante, la Concertación no sólo aprobó la auto-impunidad decretada por Pinochet en 1978, sino que además trató de consagrarla éticamente por medio de la Comisión Verdad y Reconciliación que tuvo a su cargo la investigación de todos los casos de violaciones de los derechos humanos en los 17 años de dictadura militar. El trabajo de investigación de la Comisión fue impecablemente meticuloso y sus resultados fueron dados a conocer en tres enormes volúmenes<sup>10</sup> en donde se detallan la inmensa mayoría de los crímenes perpetrados. Sin embargo, la Comisión, pudiendo nombrar y nombrando a las víctimas, tenía prohibición presidencial expresa de nombrar a los perpetradores. El objetivo era de lograr un mecanismo de catarsis social psicológica que diera la impresión de justicia sin realmente hacerla, evadiendo la cuestión clave de llevar a los presuntos culpables a los tribunales y exigirles demostrar su inocencia o aplicarles todo el peso de la ley.

La institucionalidad en Chile es, entonces, no sólo la de una "transición" tutelada por los militares, sino que esta tutela se aplica a un sistema político que está dentro de una camisa de fuerza constitucional pinochetista. Esta institucionalidad está estructurada de tal manera que sin romperla es imposible avanzar en la democratización del país o resolver los casos pendientes de violaciones a los derechos humanos. Es más, esta institucionalidad preserva y promueve mecanismos y estructuras que legitiman el neoliberalismo y el pinochetismo. La pregunta que surge de inmediato es por qué los políticos concertacionistas, ostensiblemente de vocación democrática e igualitaria, han aceptado los términos de una transición pactada que impide realizar una vocación ética que proclaman. La respuesta está en el divorcio que existe entre esa proclamada vocación y la adopción de valores "nuevos", "modernos"

y “renovados”, adquiridos durante la metamorfosis política de una amplia capa de intelectuales, dirigentes de partidos izquierdistas y progresistas.

### **La metamorfosis de los intelectuales.**

En 1993, Jorge Castañeda, escribió en **La Utopía Desarmada** que luego de las derrotas que la izquierda latinoamericana sufrió en los 1980 y 1990, ésta debía desarrollar un programa que abandonara el socialismo como objetivo, y aceptara formal y sinceramente la lógica de mercado (CASTAÑEDA, 1994:432). Castañeda argumenta que plantear un modelo alternativo al capitalismo, que teniendo la ventaja de atacar las raíces de las iniquidades actuales, era una empresa ilusoria en el mundo actual. Castañeda propone una suerte de idealismo reformista: aceptando el sistema capitalista vigente se trata de cambiar sus algunos de sus efectos sin examinar sus causas y, aunque su realización pueda parecer remota, tal plataforma reformista es realista (Id.428). En este apretado resumen de la tesis de Castañeda tenemos la esencia de las opciones teóricas y políticas que se plantearon muchos intelectuales latinoamericanos en estas dos difíciles décadas y de esta manera también se puede resumir la esencia de la metamorfosis que muchos de ellos abrazaron de buena gana. La intelectualidad chilena no fue excepción a este proceso general.

Si el proceso de la metamorfosis fuese exclusivamente intelectual y teórico, no habría mucho de que preocuparse pues las contradicciones que crea el neoliberalismo son tales que es imposible que estos mismos intelectuales “metamorfosados” no reconozcan la brutalidad e inhumanidad del sistema que decidieron aceptar. Lamentablemente, las opciones políticas de ésta, así como de generaciones anteriores, no se deciden sobre la base de debates sino que el en crisol hirviente del conflicto social. Desde el 11 de septiembre de 1973, la intelectualidad chilena de izquierda se vio puesta en una posición desde la cual podía dar sólo una lucha defensiva. No hay surgimiento de lucha de masas anti-dictatorial en Chile hasta 1983, es decir, diez años después del golpe. El régimen militar purgó la sociedad de toda traza radical: no sólo se impidió la actividad de los sindicatos, sino que además se ilegalizó a los partidos políticos de izquierda, se les persiguió, se les desmanteló, se asesinó, encarceló o exilió a sus cuadros, se cerraron sus locales, y se prohibió su prensa. Para completar la “limpieza”, los rectores-delegados (generales nominados como rectores de las

universidades intervenidas por la dictadura militar), convencidos de que las sedes universitarias eran refugios de adoctrinamiento marxista, expulsaron a aproximadamente 20.000 docentes y estudiantes, cerrando en el proceso, departamentos, centros de investigación, y facultades enteras, de tal manera que en 1983 había una sola universidad que tenía un programa de estudios de sociología. Ya en 1982, los rectores-delegados habían reducido las carreras universitarias a doce (VALENZUELA y CONSTABLE:252-257). Una atmósfera de terror y desconfianza descendió sobre las universidades que abarcó a la actividad intelectual en general, haciendo que los pocos intelectuales y académicos que sobrevivieron a la furiosa embestida derechista-militar evitaran analizar o discutir temas conflictivos o que eran objetados por las autoridades militares. Los científicos sociales, científicos políticos y economistas, en particular, buscaron refugio en temas inanes, o por lo menos "legítimos" para la censura y represión militar, montando centros de investigación financiados por organismos internacionales, tales como la Fundación Konrad Adenauer o la Fundación Ford, de origen alemán y norteamericano, respectivamente. Estos centros de investigación permitían cierta autonomía e independencia de la censura militar y proveyeron el marco de referencia para reflexionar sobre el pasado. Aquí es donde comenzó la "renovación" de la izquierda chilena.(Id.)

Los sobrevivientes, desmoralizados, derrotados y, sin duda, alentados por los organismos financiadores internacionales, se embarcaron en una profunda suerte de auto-crítica cuyos elementos centrales eran la percepción de que, desde la década de 1960, habían practicado una política extremista que desechó la perspectiva del cambio gradual y reformista entendida entonces como una solución falsa, pues apenas daba paliativos a una situación que requería ser reestructurada radicalmente. Así, esta percepción indicaba que la sociedad tenía que ser fundamentalmente reestructurada, y medidas de carácter reformista, parciales o graduales, sólo reforzarían el status quo, de tal manera que sólo el cambio revolucionario podría abordar seriamente los males de la sociedad chilena. Tal análisis les llevó a no dar ninguna importancia a la social-democracia europea, excepto para denunciarla en términos peyorativos, y buscar inspiración en los movimientos populistas o revolucionarios del continente enfatizando temas anti-imperialistas, nacionalistas y anti-oligárquicos, descuidando seriamente las cuestiones relacionadas con la democracia liberal (PURYEAR:30,37). La "renovación" de los 1980 y 1990 les condujo a concluir que esta visión de la realidad

chilena les había hecho entender la política en términos absolutistas, casi religiosos, llevándoles, “erróneamente”, a hacer una distinción rígida entre reforma y revolución, a desconfiar de las soluciones graduales, a creer en la imposibilidad del desarrollo capitalista en los países periféricos, en la necesidad de subordinar las clases medias al proletariado durante toda la transición al socialismo, y en la convicción de la necesidad de destruir el aparato estatal burgués. Así, debido a este estado de “locura temporal”, los intelectuales chilenos desarrollaron una tendencia a entender la política como un vehículo para la globalización de propuestas para transformar la sociedad y no como un subsistema limitado que regula la competencia entre los partidos y que permite la selección de grupos que, periódicamente y alternadamente, ejercerán el poder. (Id:20) Inexorablemente, esta lógica llevó a uno de ellos a proclamar: *el compromiso con un objetivo utópico, cuando es acompañado por la indiferencia de los medios para lograrlo, destruye la democracia* (Id:21). Aunque parezca increíble, la auto-crítica realizada de esta forma les hizo concluir que ellos habían sido los causantes de la destrucción de la democracia chilena. La dictadura de Pinochet fue sólo el producto de sus errores conceptuales.

La colaboración entre la Democracia Cristiana y los marxistas sobrevivientes fue un factor crucial en la metamorfosis. El PDC hizo un esfuerzo consciente de acelerar el proceso de renovación de los marxistas, especialmente los intelectuales socialistas. La Democracia Cristiana organizó diálogos, conferencias y reuniones adhoc, tales como el Grupo de los 24, y montó centros de investigación tales como el Centro de Estudios del Desarrollo, la Corporación para la Investigación Económica en América Latina, la Academia de Humanismo Cristiano y el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, para nombrar sólo algunos.<sup>11</sup> La Democracia Cristiana a través del CED logró organizar reuniones de discusión regulares entre políticos opositores, incluyendo a los ex-marxistas, y militares en ejercicio, en lo que entonces se denominaban “ejercicios en concertación”, para debatir temas tales como el restablecimiento de la democracia política y las relaciones civiles-militares. Bajo los auspicios de la DC también se organizaban reuniones regulares entre dirigentes empresariales y dirigentes sindicales para abordar cuestiones relacionadas a las leyes laborales. (Id:93-95)

La metamorfosis política que esto produjo en el grueso de los intelectuales chilenos de izquierda fue, en verdad, gigantesca. Los cambios en su forma de pensar

programática y estratégicamente incluyen el valorizar la democracia liberal como un objetivo en si mismo, independiente de las consecuencias sociales y económicas que conlleve; rechazar la revolución como el medio para el cambio social y sustituirla por la reforma democrática; abandonar el criterio de clase como el principal basamento para organizar partidos políticos, lo que implica reconocer como legítimos los intereses de todos los grupos sociales, incluyendo los de la clase capitalista; buscar la creación de una cultura nacional democrática en vez de la de un proyecto emancipador orientado a beneficiar a un grupo social en particular, mayoritario o no (Id:62). En una palabra, el giro estratégico fue hacia la centro-derecha, acercándose con ello estrechamente a las posiciones de la Democracia Cristiana misma y, de esta manera, dándole a este partido la hegemonía intelectual en la lucha contra la dictadura. Manuel Antonio Garretón, uno de los gurús de la renovación confirmó esto con una franqueza que va al meollo del asunto: *Un democratacristiano no tenía que realizar un giro en su estructura metafísica. Un izquierdista, en contratarse, tenía que abandonar el marxismo-leninismo* (Id:65). De allí a adherir al neoliberalismo había un pequeño paso. La Democracia Cristiana, gozando de hegemonía y, por lo tanto, de liderazgo, se deshizo sin grandes dificultades de su bagaje progresista de los 1960 -la proclamada "revolución en libertad"<sup>12</sup> - y adoptó una combinación pragmática de aceptación de mercados competitivos, inversión en recursos humanos y responsabilidad macroeconómica. La izquierda renovada, por su parte, abandonó principios económicos claves que la habían diferenciado de la derecha económica y política tales como el proteccionismo, un fuerte rol para el estado en la actividad económica de la nación incluyendo actividades productivas y control sobre los precios, adoptando incondicionalmente la validez de la libertad de los mercados, el carácter sacrosanto de la propiedad privada y la total incorporación de la economía nacional en el mercado mundial. No sorprende entonces que el modelo de crecimiento económico neoliberal, instituido por la dictadura militar, se haya convertido en la base del consenso de una eventual vuelta al gobierno civil. Ominami, ex-miembro de la izquierda revolucionaria, resumió esta situación en forma precisa: *Hoy, uno de los puntos importantes de la situación chilena es la existencia de un alto grado de consenso en lo que se refiere a los elementos básicos de la estrategia económica [entre los partidarios de la derecha, el centro y la izquierda].*(Id:120)

Así, los intelectuales renovados, montaron la Alianza Democrática primero y el Acuerdo Nacional Para la Transición a la Democracia, en la que entregaron la

hegemonía intelectual y política a la Democracia Cristiana en la lucha contra la dictadura de Pinochet. De allí su aceptación de la constitución pinochetista de 1980, así como los límites político-institucionales para conducir la lucha por la democratización del país, y de Patricio Alwyn como su abanderado para las elecciones de 1989. De allí la aceptación de la impunidad, la senaturía vitalicia de Augusto Pinochet, los senadores “designados”, el sistema electoral binominal y todo el resto del legado pinochetista discutido más arriba.

Por último, muchos de los intelectuales chilenos durante su exilio residieron en los países del llamado “socialismo real” y, no hay duda de que no estuvieron muy bien impresionados con lo que vieron. Allí, vieron de primera mano el abominable espectáculo de la represión política, la paranoia oficial, la dogmatización fosilizada y el estancamiento económico. Muchos de ellos huyeron despavoridos y se establecieron en Europa Occidental, en donde participaron activamente en la “renovación” del socialismo. El contexto era conducente para ello, pues las corrientes que dominaban abrumadoramente las preocupaciones intelectuales del socialismo eran, por un lado, el eurocomunismo que se sentía reivindicado en su socialdemocratización, en vías de intensificación luego del fracaso precisamente de la experiencia chilena de vía pacífica al socialismo. El eurocomunismo dominaba el horizonte político de los partidos comunistas francés, italiano y español, los más grandes del continente. Por otro lado, estaba la socialdemocracia europea, que a su vez pasaba por un período de crisis de perspectivas que la rechazaba sostenidamente. Las condiciones no podían ser más propicias para la “renovación”.

### **Chile: ¿entre Pinochet y el pinochetismo?**

Durante diez años, la Concertación ha sido la coalición de gobierno civil post-dictadura en Chile. Durante diez años, esta coalición ha administrado fielmente el modelo de crecimiento económico neoliberal legado por el pinochetismo. Durante diez años la Concertación se ha negado a hacer justicia y/o a juzgar a los culpables de las horribles violaciones a los derechos humanos. Por diez años, la Concertación, se ha negado a adoptar políticas que alivien o reduzcan los groseros desniveles de riqueza que existen en el país. Por diez años la Concertación se ha negado rotundamente a completar el proceso de democratización que empezó con la derrota de Pinochet en el

plebiscito de 1988. Por diez años la Concertación le ha dicho a los chilenos que nada se podía hacer. Por diez años la Concertación ha aceptado e incluso participado en las muchas corruptelas que han dominado la vida pública desde su llegada al gobierno. Por diez años la Concertación se ha negado a desafiar las ideas neoliberales, ni siquiera retóricamente. Por diez años se ha negado a interervenir en el área de salud, vivienda, electricidad o cualquier otro servicio esencial, a favor de la mayoría de la población. Ha permitido que todo siga privatizado, o ha alentado las privatizaciones en áreas en que ni los militares bajo la dictadura se atrevieron a tocar. La Concertación se autoasignó el papel de portero leal del neoliberalismo nacional. Hasta se convirtió en el mejor defensor de Pinochet cuando éste enfrentó la posibilidad de ser enjuiciado en España. Por sobre todas las cosas, la Concertación ha logrado, con un éxito enorme, la despolitización, atomización y parálisis de la sociedad civil. El éxito parece haber sido tan grande que incluso la propia posición de la Concertación está en entredicho, pues una masa significativa de la población no puede ver la diferencia entre la Concertación y el pinochetismo mismo. Así, en la reciente elección del 12 de Diciembre de 1999, la Concertación hizo todo lo posible para no diferenciarse de las posiciones de su rival pinochetista tanto en la economía, como en la ética, la política o incluso el caso Pinochet mismo. Objetivamente la Concertación *le regaló* la elección a Lavín. Por lo menos la primera vuelta. Los resultados no pueden sorprender pues la Concertación está sembrando lo que cosechó durante diez largos años de no-hacer. Un agudo observador de la realidad chileno comentaba:

Chile ha dejado de ser un país para convertirse en una empresa. Chile no es gobernado, sino administrado, sus habitantes no son ciudadanos sino empleados ("consumidores" es el apelativo que usa el poder cuando le baja la ternura). En diciembre [de 1999] no tendremos elecciones presidenciales sino licitación nacional. Las primarias de la Concertación se parecen a una disputa de accionistas. No hay debate político, sino discrepancias en el giro del negocio: concesionistas versus licitacionistas [...] El soporte del neoliberalismo tiene dos patas enclenques: la relación de dominio absoluto del capital sobre el trabajo; y un Estado que tiende a despolitizar y desanimar la participación social, que prefiere la abstención al movimiento. (TÓTOLO,1999)

El resultado de la segunda vuelta de la elección presidencial del 16 de Enero de 2000 indica que la política continuista de la Concertación está poniendo en riesgo el conjunto de las reconquistas democráticas logradas con tanto esfuerzo y sufrimiento en más de un cuarto de siglo de lucha desesperada. Su gestión gubernativa no sólo ha facilitado la reorganización política del pinochetismo sino que ha despolitizado a amplios sectores ciudadanos resultado calculado de su propia gestión, despolitización que ha llegado a tales niveles que una alta proporción de sectores populares no pueden distinguir entre la Concertación y los seguidores del ex-dictador. La Concertación ha evadido sus responsabilidades democráticas no sólo aceptando, sino, incluso, pereccionando el edificio institucional legado por la dictadura. Y, por último, ha abdicado de sus obligaciones morales al no sólo aceptar la impunidad a los asesinos del régimen anterior, sino que además, cuando se presentó la oportunidad de juzgar al responsable principal, salió incondicionalmente en su defensa.<sup>13</sup> La metamorfosis intelectual de sectores decisivos de la izquierda que comenzó con las mejores intenciones éticas se ha transformado en una pendiente empinadísima, que lleva no sólo al neoliberalismo ferviente sino que, además, en el caso específico de Chile, a la defensa y legitimación de los torturadores. ¿Puede sorprender a alguien que en el Chile de hoy haya tanta desilusión con esta “transición” que no lleva a ninguna parte y con estos “demócratas” que se aferran a las estructuras de la dictadura? La verdad es que, como bien lo señalara un periódico chileno, esta transición no resiste la prueba de la justicia.

Notas:

<sup>1</sup> Frase de Joan Garcés, consejero político de Salvador Allende.

<sup>2</sup> *The Sunday Telegraph*, 25 de Octubre de 1998.

<sup>3</sup> *The Observer*, 13 de Diciembre de 1998.

<sup>4</sup> Izurieta, el nuevo comandante en jefe de las fuerzas armadas chilenas, ha resultado ser tan pinochetista como sus antecesores; ha desplegado una incansable actividad en defensa de su antiguo jefe, ahora bajo arresto en Londres, y ha presionado al gobierno a endurecer su línea con ingleses y españoles lo que el gobierno ha hecho obedientemente (*El País*, 30 de Noviembre de 1998).

<sup>5</sup> Isabel Allende y Juan Carlos Letelier, diputados socialistas e hijos de Salvador Allende y Orlando Letelier respectivamente, viajaron a Londres para vertir su testimonio condenatorio de Pinochet ante la Casa de los Lores ingleses; dirigentes socialistas tales como Camilo Escalona y Ricardo Núñez, líderes socialistas expresaron su agrado por el



arresto del ex-dictador, apoyaron su extradición a España para ser juzgado y declararon la necesidad de juzgar a Pinochet en Chile también (*Punto Final*, 4-17 Diciembre de 1998)

<sup>6</sup> Lagos obtuvo el 51,32% de los votos, mientras que su rival de la derecha pinochetista recibió la adhesión del 48,69 % (*El País*, 18 de Enero, 2000).

<sup>7</sup> Una proporción enorme de intelectuales en Chile son y han sido al mismo tiempo dirigentes de los partidos políticos de la izquierda, y, de los de centro y derecha en menor medida. De allí la importancia y el impacto político de su metamorfosis.

<sup>8</sup> Entiéndese "política" aquí como la presión actual o potencial a la que se ven sometidos los políticos por su base electoral para comprometerse a desarrollar o pujar por políticas económicas definidas hoy en día como "populistas", horrores tales como redistribución del ingreso, intervención estatal para garantizar un mínimo de salud y educación a los ciudadanos, etc.

<sup>9</sup> Un análisis de este aspecto más que obscuro del régimen militar se encuentra en Dauno Totoro, "Leyes secretas de Pinochet", *Punto Final*, 28 de Agosto de 1998,

<sup>10</sup> *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Secretaría de Comunicación y Cultura, Ministerio Secretaría general de Gobierno, 1992.

<sup>11</sup> Según Puryear en 1988 Chile tenía 49 centros de investigación que empleaban a 664 académicos, 134 de los cuales había realizado cursos de grado o posgrado en Europa o Estados Unidos, publicaban más de 20 revistas especializadas y cientos de libros académicos; en contraste, apenas unos 200 científicos sociales hacían investigación en las universidades públicas (pp. 43-44).

<sup>12</sup> La "revolución en libertad", expresión en Chile de la Alianza para el Progreso, le permitió a la DC triunfar en las elecciones de 1964, derrotando al formidable desafío presentado por la izquierda marxista; esta "revolución" incluía, entre otras reformas estructurales, la reforma agraria y eliminación del latifundio, la "chilenización" del cobre y la modernización de la educación (véase, entre otros, Fernando Casanueva Valencia y Manuel Fernández Canque, *El Partido Socialista y la Lucha de Clases*, Empresa Editora Nacional Quimatú, Santiago, Chile, 1973).

<sup>13</sup> En el mismo momento de terminar este artículo nos enteramos de los esfuerzos denodados del ministro de relaciones exteriores chileno, Juan Valdés, para lograr que el gobierno de Bélgica se desista de insistir en que Pinochet sea extraditado a ese país para ser juzgado por crímenes contra la humanidad.

#### **Bibliografía:**

CASTAÑEDA, Jorge (1994): **Utopia Unarmed. The Latin American Left After the Cold War**. Vintage Books, New York.

LARRAIN, Jorge (1999): "Modernity and Identity: cultural change in Latin America" en

KKAY y GWYNNE : **Latin America Tranformed.**

PURYEAR: Thinking politics.

TÓTORO, Duno (1999): “Chile S.A. Empresarios de delgadas espaldas” en **Rocinante**, nº 8.

VALENZUELA y CONSTABLE: **Chile a nation of enemies.**